

EL HÉROE JUAN MODESTO

Tras la derrota del Ebro dirigió la retirada de Cataluña. Decidió ser el último soldado español en pasar a Francia

La mañana del 21 de agosto de 1968, una columna de carros de combate soviéticos ascendía la calle Na Prikope, la vía principal de Praga, camino de la plaza de San Wenceslao. Al mando iba un comandante, de pie en la torreta del primer vehículo. En las plataformas y en los frentes de los tanques se sentaban soldados armados con fusiles de asalto que miraban asombrados a la multitud de civiles checos que les silbaban e insultaban mientras agitaban sus banderas nacionales. Y de súbito, a mitad de calle, saliendo de la sede del Partido Comunista de España, un hombre delgado, derecho, de caminar garboso, se plantó ante la columna, aireando un carné en su mano derecha. La columna se detuvo: era una imagen digna de Robert Capa. Varios soldados descendieron de los tanques y retiraron al hombre a un lado, sin violencia. El carné le acreditaba como general honorífico del Ejército Rojo. Su nombre era Juan Modesto Guilloto, delegado del PCE en Checoslovaquia y antiguo general republicano.

Juan Modesto, en el frente de la batalla de Belchite en agosto de 1937. Foto: Archivo PCE

<http://cache2-thumb1.pressdisplay.com/pressdisplay/docserver/getimage.aspx?regionguid=4566d0e3-0029-49c2-8c87-e4e93be26549&scale=110&file=2317201304070000000001001®ionKey=RT%2fcPBMMy85o7oSGwejl8BA%3d%3d>

Aquel día, la llamada primavera de Praga, el intento de construir un socialismo democrático, quedó ahogada por la intervención de Moscú. Pero también en ese momento comenzaba la andadura del eurocomunismo español dirigido por Santiago Carrillo.

Todas las guerras precisan de héroes, y Juan Modesto fue, sin duda, uno de ellos, el más admirado en el bando republicano. Una vez dijo, al término de la Guerra Civil: “De niño quería ser un héroe: lo he sido y ya no significa nada”. En realidad no se llamaba Modesto, sino Juan Guilloto Ruiz, pero decidió utilizar ese apellido cuando precisó de lo que se llamaba en tiempos de clandestinidad “nombre de guerra”.

Nació en la pobreza, en El Puerto de Santa María, en 1906, y estudió hasta los 11 años, como alumno gratuito, en el colegio de los jesuitas, en donde coincidió con su paisano Rafael Alberti. Trabajó como tonelero desde muy niño, hizo algunos pinitos taurinos como maletilla e ingresó con 24 años en el PCE. Después de pasar un año en Moscú, en 1935 fue nombrado responsable nacional de las Milicias Obreras y Campesinas, una especie de fuerza paramilitar comunista que colaboraba con militares y miembros de las fuerzas del orden público de la República.

La guerra estalló y Modesto participó en la toma del Cuartel de la Montaña. En los días siguientes fundó, junto con Enrique Lister y otros comunistas y socialistas, el Quinto Regimiento, decisivo en la batalla de Madrid. Por entonces, su nombre ya estaba en las canciones. En la defensa de la “capital de la gloria”, como llamó Rafael Alberti a la ciudad, fue herido dos veces, una de ellas de gravedad.

Combatió en el Jarama con el grado de comandante y su pericia como estratega hizo que pronto los mandos profesionales del Ejército repararan en él. “Es el único jefe de milicias que sabe leer un mapa”, cuentan que dijo Azaña sobre Modesto. En la primavera del 37, disueltas ya las Milicias desde el mes de enero y formado el Ejército Popular, fue nombrado teniente coronel. Y llegado julio, el general Vicente Rojo le puso al frente del V Cuerpo de Ejército en la batalla de Brunete, por encima de Lister y el Campesino, antiguos jefes milicianos y miembros del PCE.

Nunca se llevó bien, sin embargo, con esos dos camaradas. Le envidiaban por el respeto que conseguía despertar en sus hombres. Y él los consideraba crueles —solían fusilar a los desertores—, y en particular detestaba al Campesino, a quien a menudo acusó públicamente de ser un cobarde. También despertaba envidia su éxito con las mujeres, ya que era un hombre apuesto y viril. Martha Gellhorn, la periodista y esposa de Hemingway, lo consideraba “un hombre profundamente atractivo”. Una noche, en una fiesta en el antiguo hotel Gaylord de Madrid, el propio Hemingway, borracho y en un ataque de celos, lo retó a jugar a la ruleta rusa. Modesto aceptó, pero los otros asistentes consiguieron evitar el duelo.

Continuó mandando cuerpos de ejército en las siguientes batallas de la guerra: Belchite, Teruel, el Maestrazgo... Y en julio de 1938, el general Vicente Rojo le encomendó la jefatura del Ejército de Maniobra que cruzaría el Ebro. Modesto pasó con las primeras tropas. Solía decir que un jefe debe estar siempre cercano a la primera línea, para dar confianza a sus soldados y para tomar decisiones de urgencia a tenor del desarrollo de la batalla. Fue ascendido a coronel en agosto de ese año. La batalla duraría 111 días, antes de que los republicanos hubieran de retirarse derrotados.

En medio de la batalla, a finales de octubre, Modesto voló a Barcelona para participar en el homenaje de despedida de las Brigadas Internacionales. Las calles de la ciudad se llenaron de flores y pronunciaron discursos André Marty, el presidente Juan Negrín, Dolores Ibárruri Pasionaria y el propio Modesto. Fue uno de los días más emotivos de la guerra. Juan Modesto no pudo terminar su discurso, pues la emoción le hizo llorar ante el micrófono.

Tras la derrota del Ebro, dirigió la retirada de Cataluña, para salvar de Franco un ejército de 150.000 hombres. A principios de febrero de 1937, con Barcelona en manos rebeldes y el Gobierno de la República refugiado en Francia, las vencidas divisiones republicanas cruzaron la frontera por Le Perthus y Port Bou. Modesto hizo desfilar a los últimos batallones después de una arenga: “¡Caminad derechos, orgullosos: que se vea que sois el glorioso Ejército del Ebro!”. Modesto, por decisión propia, fue el último soldado español en pasar a Francia.

Su guerra no terminó ahí. Desde Toulouse, con otros militares, el presidente Negrín y algunos miembros de su partido, voló a Elda (Alicante), en donde se instaló el último Gobierno de la República. Negrín y los comunistas pensaban seguir resistiendo en Levante, zonas de Castilla-La Mancha y Extremadura. Sabían que la guerra de España estaba perdida, pero también sabían que estaba a punto de estallar la guerra mundial y confiaban en la ayuda aliada cuando comenzara el conflicto. No obstante, el general Segismundo Casado, en alianza con un ala del Partido Socialista y los anarquistas, dio el golpe de Estado que puso fin a República. Desde Elda, seis aviones llevaron entre el 4 y el 6 de marzo, a Orán y Toulouse, al último Gobierno de la República y a los comunistas. Modesto subió en el último avión. Un mes antes, Negrín le había ascendido a general, el único jefe de milicias que alcanzó tal grado.

Exiliado en París, en Moscú y finalmente en Praga, Stalin le nombró general honorífico del Ejército Rojo. Murió en la capital checa, de cáncer, en abril de 1969. En diciembre de 1980, sus cenizas fueron trasladadas al cementerio civil de Madrid. La lápida que las cubre dice sencillamente: General Juan Modesto.

Era un hombre de guerra que, “modestamente”, se retiró del primer plano de la política al final del conflicto español, aunque siguió siendo miembro del Comité Central del PCE. Unos meses antes de que muriera le pregunté a Santiago Carrillo, que fue gran amigo suyo, cómo era Modesto. “Un hombre discreto, sencillo, valiente”, me dijo el viejo comunista con su voz cascada y pausada, “...Todo un general”.

El tiempo de los héroes, de Javier Reverte (Plaza & Janés).